

Conceptualización geográfico-social de la dualidad lugar-sitio: definiendo el objeto de la Geografía contemporánea

Geographic-social conceptualization of the place-site duality: defining the object of contemporary Geography

ALFONSO FERNÁNDEZ-ARROYO LÓPEZ-MANZANARES¹  0000-0001-8004-0878

¹ Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Madrid (UAM)

Resumen

El presente ensayo se propone revisar el potencial semántico de las nociones centrales de la Geografía, explorando con su (re)conceptualización la capacidad de comunicar la racionalidad de quienes las evocan, así como la intencionalidad del objeto geográfico representado. Metodológicamente, la hermenéutica crítica resulta eficaz para acceder a la estructura social que hay tras las huellas de un lenguaje geográfico regulado y comúnmente aceptado sin discusión, obteniendo como resultado una propuesta necesaria, alternativa al tratamiento dialéctico del espacio y el lugar: la dialéctica lugar-sitio, útil para demostrar que en toda representación hay ideología y cosmovisión, y que en la producción del espacio se imponen prácticas basadas en una idea de progreso material y simbólico contraria al progreso humano. En el contexto de lucha cultural, el sentido que damos y adquiere la representación geográfica según el uso y significado de los términos nos sitúa inevitablemente en uno u otro lado. La necesidad de un ensayo crítico de estas características solo es tal si aspiramos a reavivar el valor de una Geografía social, crítica y emancipadora respecto a los principios y valores que vacían toda geografía de espacio y sociedad.

Palabras clave: pensamiento dialéctico; racionalidad, ideología, cosmovisión, espacio.

Fechas • Dates

Recibido: 2022.11.24
Aceptado: 2023.02.10
Publicado: 2023.03.23

Autor/a para correspondencia Corresponding Author

Alfonso Fernández-Arroyo
López-Manzanares
alfonso.fernandez-arroyo@uam.es

Abstract

This essay aims to review the semantic potential of the central notions of Geography, exploring with their (re)conceptualization the capacity to communicate the rationality of those who evoke them, as well as the intentionality of the geographical object represented. Methodologically, critical hermeneutics is effective to access the social structure behind the traces of a regulated and commonly accepted geographic language without discussion, resulting in a necessary proposal, alternative to the dialectical treatment of space and place: the place-site dialectic, useful to demonstrate that in every representation there is ideology and worldview, as well as that in the production of space practices are imposed based on an idea of material and symbolic progress contrary to human progress. In the current context of cultural struggle, the sense that geographical representation acquires according to the use and meaning of terms places us in favor of one side or the other. The need for a critical essay of these characteristics is only such if we aspire to revive the value of a social, critical and emancipating Geography with respect to the principles and values that empty all geography of space and society.

Keywords: dialectical thinking; rationality, ideology, worldview, space.

1. Introducción

La Geografía carece de un objeto exclusivo, se dijo al plantear que las ciencias no se definen solo por su objeto, sino también por su método (Miralbes & Higuera, 1993). Conforme al método empleado, el objeto de la Geografía ha transitado de un sistema de símbolos relacionados con la cultura y el relato estructuralista de la semántica del lugar (Casey, 1996), a un positivismo aplicado cómodamente a una idea de espacio estático e inerte, en apariencia carente de contenido político (Oslender, 2002). Como pudo apreciar Joan Nogué (1989), durante décadas se gestó la radical ruptura metodológica cuyas consecuencias perviven aún: “de la preocupación por entender y describir la complejidad y particularidad de un área determinada, se pasó a una intensa búsqueda de leyes empíricamente generalizables, aplicables a cualquier lugar” (p. 63). Así, a pesar de ser el espacio una construcción precedida por la de lugar, se impone su lógica desde el orden más lejano e impersonal en cada lugar y en cada cuerpo. En el campo de la Geografía este enfrentamiento fue caracterizado por Habermas (1968, citado en Santos, 2000) al distinguir dos tendencias paralelas: “la racionalización por arriba y la racionalización por abajo” (pp. 246-247). Se trata de una formulación dialéctica que con enfoque sociológico viene a demostrar la influencia de dos ejes o fuerzas de producción cognitiva: una impulsada desde el poder -pilar de la regulación-; la otra oprimida, emergente -pilar de la emancipación- (Santos, 1998).

El objetivo de revisar la dialéctica de los conceptos centrales de la Geografía, espacio y lugar, incorporando el concepto de sitio en la ecuación, se justifica por la necesidad de transitar el espinoso campo de las transformaciones que comienzan con cambios en las estructuras del pensamiento (Harvey, 1990), sabiendo que “el verdadero «movimiento» de las ciencias se produce por la revisión más o menos radical (aunque no transparente para sí misma) de los conceptos fundamentales” (Heidegger, 1997, p. 20). Para ello, como en toda investigación, partimos de preguntas que tratamos de responder con claridad, evitando declaraciones vacías o simplificaciones por atractivas que sean las invitaciones a no pensar en el contexto actual de celeridad y exceso. ¿A qué denominamos espacio geográfico?, ¿por qué se necesita distinguirlo del lugar? ¿Qué interés tiene la conceptualización del sitio para confrontarlo dialécticamente con la idea de lugar?

El espacio geográfico, relativo a la geografía -del griego *γεωγραφία*, “*geōgraphía*”, descripción de la Tierra-, más allá de su comprensión geométrica viene a demostrar la racionalidad por la que diferentes individuos o comunidades son capaces de percibir y concebir una misma realidad mediante representaciones compartidas que adquieren valor cognitivo por su influencia social. Esto indica que el espacio geográfico es ante todo producto de una razón humana, es decir, no es algo dado, ni una verdad unívoca e inmutable. En todo caso, es la descripción del mundo mediada por la semiótica en el uso de los signos de la vida social por la que los hechos se explican de una determinada manera, según un lenguaje sujeto a leyes y principios -físicos, matemáticos, etc.-, así como a una serie de valores -sociales, culturales, etc.- inscritos en el pensamiento y en el carácter de las relaciones reproducidas. El espacio geográfico, al igual que el tiempo histórico, es el reflejo de la sociedad que lo produce, es el resultado de una u otra racionalidad.

Esa idea de espacio geográfico se complementa con la de lugar, es decir, los conceptos espacio y lugar no se anulan entre sí, al contrario, se necesitan para ser expresados. Por ello resulta esencial atender a sus diferencias conceptuales. Así, mientras el espacio geográfico habla de la racionalidad con la que se representa la realidad -espacio abstracto o euclidiano, subjetivo, social o realista, etc.-, incidiendo en una u otra forma sobre el lugar, los lugares revelan los efectos de esa representación en localizaciones concretas, en cuanto que la incidencia de los procesos promovidos se hace empíricamente demostrable. Obviamente, la representación espacial que aplique una serie de leyes o normas generales sin reparar en las particularidades del lugar intervendrá de forma negativa en el proceso por el que se crean diferenciaciones de sentido. Es urgente comprender que el lugar se muestra en esencia como construcción constante, historia viva evocadora de la experiencia de estar ubicado como una parte fundamental de la vida, incluyendo el sentido de uno mismo en cuanto a organismo inmerso en el espacio que ocupa (Sack, 1988). Es la idea de un proceso inacabado lo que propone la alternativa dialéctica lugar-sitio, ya que ambos conceptos remiten a un espacio de la representación o puesta en escena de aquello representado desde una u otra racionalidad espacial.

Frente al concepto de lugar esbozado, el sitio revela un tipo de relaciones concretas, unos hechos y prácticas fruto de la materialización de una “segunda naturaleza” en el espacio representado (Santos, 2000). Todo ello regulado por una cultura hegemónica, cada vez más extremista, promotora de la constante reorganización de lugares según los planes y programas de las élites del capitalismo neoliberal. Nuestra propuesta se encamina a comprender esa forma dual de concebir la realidad en porciones espaciotemporales que denominamos sitios y lugares. El concepto “sitio” representa un sentido -integrado- de lugar conferido por esa racionalidad, tratando de superar el arquetipo *snob* de “no-lugar” por el que se hace mención exclusiva a los “fijos” -empleando la terminología de Milton Santos (2000)- que posibilitan el impulso de los “flujos”: cajeros automáticos, supermercados, aeropuertos, carreteras o grandes cadenas hoteleras, entre otros. El propio Marc Augé (2000) reconoce que “el lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas” (p. 84), al contrario que la pretendida conceptualización dialéctica del lugar y el sitio.

La cuestión es que en raras ocasiones se encuentran posiciones elaboradas o explícitas sobre la ocultación de profundas rupturas inscritas en la tradición de las ciencias sociales. Existe, al contrario, un sorprendente consenso por el que se expulsa del debate académico dialécticas tales como revolución-reforma, socialismo-capitalismo (Santos, 1998), mientras otras se asumen cómodamente, por ejemplo, entre los geógrafos: local-global, espacio-lugar. Considerando el estado de la cuestión sobre la temática trabajada, no es frecuente dar con una tesis o estudio que defienda o, de lo contrario, rechace ese uso excluyente de conceptos propiamente geográficos, pues por lo

general “no queda claro qué sentido se les está otorgando, y en muchas otras no es difícil entender que se le da un sentido demasiado simple” (Lindón y Hiernaux, 2006, p. 8).

Con nuestra investigación planteamos que existen factores transteóricos, como la ideología o la cosmovisión, que dificultan la revisión teórica del objeto geográfico. Estos actúan como limitantes, tal y como demuestran las revisiones posmodernas que, aun abiertamente críticas con las ideas imperantes, eluden “la necesidad de modificar o cambiar el sistema económico capitalista, responsable de muchos de los problemas que se identifican. No se alude tampoco directamente a la responsabilidad de las políticas neoliberales en la grave crisis que tenemos” (Capel, 2016). Para corroborar este supuesto recurrimos a la hermenéutica crítica, útil según Mejía (2014) para deconstruir, reordenar y reconstruir la organización conceptual que se adopta con la estructuración de una disciplina o ciencia como la nuestra.

Como conclusión, incidimos en la necesidad de superar el uso dialéctico de los términos espacio y lugar por considerar equívoca su confrontación y opacar aspectos transteóricos que subyacen en toda representación al seleccionar unas determinadas palabras del arco de opciones posibles. En efecto, defendemos la necesaria transparencia y claridad de ideas respecto al objeto geográfico, tratando de significar de forma consciente los conceptos empleados en la elaboración del relato que debiera dar visibilidad a la racionalidad con la que se aplican, valorando dos posicionamientos o extremos: uno, con la pretensión de profundizar en las dinámicas puestas en marcha; el otro, con la esperanza de un cambio radical en las estructuras del conocimiento que guían toda acción –entre ellas la investigación con carácter aplicado que se pudiera desarrollar a partir de la base teórico-conceptual aquí esbozada-. “Vivimos en un mundo que no hemos aprendido a mirar todavía. Tenemos que aprender de nuevo a pensar el espacio” (Augé, 2000, p. 42). Con ese propósito expresamos la confrontación de los términos lugar y sitio, pues su significación esclarece el origen de la percepción impuesta en las negociaciones de sentido que hacen que nos declinemos por una u otra concepción del mundo.

2. Metodología

El presente marco metodológico se elabora con carácter integrador, en cuanto que no se trata de una aclaración metodológica *per se*, aunque se declare la metodología seguida en la investigación. Lo que se pretende es dar coherencia y unidad, relacionar el marco conceptual de actuación con los principios teóricos que justifican el estudio de dicha cuestión, así como con el método y los materiales utilizados en el proceso analítico.

Sobre la cuestión que nos ocupa, en lo relativo a la tríada conceptual espacio-lugar-sitio, tratamos de abordar con enfoque crítico la naturalización de un lenguaje por el que llegamos a identificarnos respecto a los mismos criterios, a los mismos valores y a los mismos procedimientos de interpretación que nos son dados, haciendo nuestro el dominio epistemológico de las élites del capitalismo. Ese es el universo de sentido por el que se concibe el mundo obviando el “déficit irremediable de totalidad en que se basan [las élites], procurando olvidar –el «olvido del ser» heideggeriano– a través de su dinamismo y exageración” (Santos, 1998, p. 99). Y es que, al contrario que las nociones –construcciones elaboradas a partir del mundo empírico–, los conceptos se construyen mediante la relación de atributos comunes, objetos e ideas a las que se les asigna un término. El concepto no es una formación aislada, estática ni mecánica, sino una parte dinámica del proceso intelectual y comunicativo que sirve tanto a la solución de problemas como a la comprensión mediada o regulada de los hechos representados (Tibaduiza, 2009).

Conforme a este planteamiento, prestamos atención a los cambios que han sufrido las grandes categorías geográficas por las cuales se crean identidades y relaciones recíprocas, considerando esenciales los conceptos geográficos en la comprensión de los aspectos temporales -acontecimientos- y sociales -individualización-colectivización de las referencias-. La conceptualización propuesta trata de contrarrestar la falta de referencias a nociones vertebradoras del espíritu de la Geografía contemporánea, crítica y comprometida. Jeff Malpas (2015) reflexiona sobre la poca o ninguna conciencia de lo que está en juego al descuidar los conceptos clave de nuestra disciplina, advirtiendo que los geógrafos han cedido ese campo de reflexión a otros especialistas y científicos sociales. Nos debemos preguntar, al respecto, por qué los intentos en esta dirección se han hecho siempre desde formulaciones dialécticas: espacio y lugar (Tuan, 1983; Malpas, 2015), lugar antropológico y no-lugar (Augé, 2000); localización y sitio (Holzer, 1999), mundo-vida y espacio (Oslender, 2002), etc. Esto se debe a que ese esquema de representación ofrece información significativa sobre la constante lucha por imponer una u otra racionalidad en la producción del espacio.

Sobre el marco teórico que soporta ese enfoque dialéctico se debe señalar la influencia de la mirada sociológica que viene a visibilizar un momento de cambio o estado intersticial entre la ruptura de la “modernidad sólida” -como era vista por Marx- y la consolidación de una “modernidad líquida” -definida por Bauman (2004)-. Este es el marco cognitivo o “paradigma emergente” de referencia para nuestro propósito de (re)conceptualización, cuya novedad es la crítica al “sentido común” impuesto por el “cientificismo”, muy particularmente en el ámbito de las ciencias sociales (Santos, 1998). La modernidad, en relación con el término “moderno” que desarrolló Habermas, se concibe como estructura ideológica -con origen en el surgimiento de la sociedad occidental- que tiende a debilitarse al igual que los grandes relatos y que la propia historia como portadora de sentido. Con el desmembramiento del pensamiento moderno, los conceptos atravesados por la idea de progreso pierden su validez, pues esta idea, la del progreso capitalista de los países del Norte global, vuelve a encallar de alguna manera en los arrecifes del siglo XXI, al igual que ocurrió en el siglo XX “al salir de las esperanzas o de las ilusiones que habían acompañado la travesía de gran aliento en el siglo XIX” (Augé, 2000, p. 31).

Tales elaboraciones cognitivas, al servicio de un orden científico-tecnológico-informacional (Santos, 1993; 2000) cuyo manipulador es difícil de identificar, vienen a “imponer a todos los lugares una única racionalidad” (Pillet, 2008, p. 90), “una organización del espacio que el espacio de la modernidad desborda y relativiza” (Augé, 2000, p. 40). Mientras, décadas de cambios evidencian los constantes esfuerzos por reconstruir el edificio teórico de la Geografía en fuerte diálogo con otras disciplinas sociales (Lindón & Hiernaux, 2006). Este transitar del convencionalismo materialista o idealista a un estado de consciencia y solidaridad (Santos, 2006) está en el centro de la “batalla cultural” que enfrenta a colectivos sociales agrupados en la defensa de sus valores. No obstante, en las ciencias sociales los posicionamientos adquiridos no suelen delimitarse con claridad, pues para unas cuestiones se defienden ideales progresistas y para otras se opta por el conservadurismo con indiferencia de la ideología. En este caso, la relación teórico-metodológica nos permite plantear como eje de la conceptualización la “lucha literaria” librada en diferentes campos del saber, implicándonos en proponer representaciones socioespaciales que rechacen la coacción y la sumisión a los marcos establecidos.

Se hacen evidentes las dificultades que enfrenta un ensayo crítico de estas características, en especial cuando los grandes conglomerados editoriales y la propia comunidad científica desconfían de formulaciones teóricas invasoras del orden inculcado. El investigador dependiente de finan-

ciación, el profesorado fiel a los planes de estudio, el geógrafo en este caso, “deja de ser un protagonista «activo», para ser un realizador de «tareas»” (Cañadell, 2018, p. 111). Todo ello regulado desde “arriba”, entre otras fuerzas por la política neoliberal que rezuma del Plan Bolonia, “esa especie de reconversión industrial destinada a ponerla de rodillas [a la investigación, a la educación universitaria, a la Geografía] para satisfacer las exigencias y/o caprichos empresariales” (López, 2018, p. 154). Y es que, el problema de la conceptualización geográfica es más ontológico que epistemológico, dada la dificultad de incorporar lo social al esquema teórico del espacio. Incluso cuando parece evidente que “«lo espacial» no es solo un resultado, es también parte de la explicación” (Massey, 2012b, p. 101).

La hermenéutica crítica se aplica aquí como instrumento metodológico en clave reconstructiva, orientada a encontrar la profundización estructural, social e histórica que hay tras la teoría que vertebraba el campo de estudio y conceptualización geográfica de los términos espacio y lugar, analizando por qué, “de hecho, se asimila el uno al otro, o, en el caso de que se los distinga, se hace de una manera tan débil que no alcanza a tener un peso conceptual significativo” (Malpas, 2015, p. 204). A pesar de las dificultades indicadas, la labor se estima necesaria en cuanto que la falta de crítica y autocrítica conlleva estancamiento y deterioro de los marcos cognitivos y epistemológicos de toda disciplina: “el nivel de una ciencia se determina por su mayor o menor capacidad de experimentar una crisis en sus conceptos fundamentales” (Heidegger, 1997, p. 20). De ahí que la interpretación hermenéutica de los textos considerados adquiera gran valor para resignificar el saber geográfico, “resimbolizar” sus concepciones y recrear el sentido de sus representaciones, haciéndolas más amplias, profundas, dotando en este caso al geógrafo “de las potencialidades que le posibiliten transformar su individualidad, reformar su entorno político social y valorar los horizontes históricos hacia los que quiere proyectarse” (Mejía, 2014, p. 49).

Por último, sin ocultar que toda interpretación se constituye en parte como ideología del pensamiento, debemos indicar que el material bibliográfico ha sido seleccionado por mostrar su rechazo a los marcos cognitivos presentados como inexorables. Hemos profundizado en el saber de sociólogos críticos con la teorización del espacio y su desarrollo en las ciencias modernas, desde Henri Lefebvre (2013) hasta Boaventura de Sousa Santos (1998; 2006), pasando por el propio Zygmunt Bauman (2004) y dialogando textualmente con Thomas Gieryn (2000) sobre la importancia social y de cambio que adquiere la idea de lugar. También hemos explorado el concepto de “lugar antropológico” propuesto por Marc Augé (2000) y su idea de “no-lugar”, resignificada a partir de la concepción de Webber, según Riesco (2020). Del antropólogo Edward Casey (1996) nos quedamos con una idea de lugar abiertamente contraria a cualquier pensamiento ortodoxo. Y de Jeff Malpas (2015), filósofo crítico con los geógrafos por el desinterés mostrado hacia su propio objeto, recuperamos la reflexión acerca de la dualidad que enfrenta espacio y lugar. Además de los anteriores, por supuesto, nos situamos en perspectiva con destacados representantes de la Geografía, como Yi-Fu Tuan (1983), Doreen Massey (2004; 2005; 2012a; 2012b), Milton Santos (1990; 1993; 1996; 2000), Tim Unwin (1995) o David Harvey (1990; 2003; 2007), entre otros, recogiendo sus ideas y reflexiones acerca de las conceptualizaciones geográficas.

3. Resultados

La Geografía, en ausencia de un lenguaje común para plantear inquietudes y problemas, ha postergado la revisión de sus expresiones lingüísticas más características (Troitiño, 1992). Incluso la semántica del espacio y del lugar se sigue modelando en base a la dependencia de disciplinas

especializadas en temas afines o de interés geográfico: la economía, el urbanismo, el turismo, etc. Esto conduce a una forma de “decontrol controlado” al adoptar acríticamente formas de un lenguaje específicamente diseñado para cumplir una función -económica, urbana, turística, etc.-, imponiéndose sin coacción explícita el discurso subyacente, particularmente el de las élites intelectuales del capitalismo (López, 2018).

En consecuencia, establecer el cerco conceptual en torno al que trabajar, descifrando el pensamiento que hay tras la palabra, resulta la primera tarea del investigador que pretenda cualquier tipo de declaración teórica que se precie. Para ello se requiere una gran representatividad de ideas respecto al tema tratado, siempre con el objetivo de construir un conocimiento emancipador, abierto a la desfragmentación, favorable a tender puentes y a posibles resultados no esperados de la investigación. En concreto, el presente ensayo se desarrolla desde su aproximación a los conceptos espacio y lugar, considerando lo pertinente de su utilización e interés social en diferentes contextos, analizando además su confrontación en el uso y reparando en las implicaciones de su tratamiento dialógico hasta valorar su complementación con otros términos.

3.1. Evolución conceptual del espacio geográfico hasta su concepción global-local

En diferentes momentos se ha tratado de desmaterializar el espacio geográfico hasta convertirlo en pura idea de transparencia, en mera ilusión: “una forma intuitiva de pensamiento que nos impide así mismo ver la construcción social de las geografías afectivas, la concretización de las relaciones sociales engastadas en el espacio” (Unwin, 1995, p. 40). Desde la mirada a un proceso de resignificación espacial de más de cuatro siglos se ha pretendido cerrar un análisis de relaciones variadas, “al tiempo que hemos visto como el espacio geográfico ha ido pasando por un proceso de distintas acepciones” (Pillet, 2008, p. 155). Al respecto, se pueden identificar tres etapas de las que se deducen cambios consustanciales al orden intelectual, geográfico y social en cada momento: el espacio concreto de la primera mitad del siglo XX, la dialéctica espacial de la segunda mitad del siglo XX y el espacio de la racionalidad global-local de finales del siglo XX y comienzos del XXI (figura 1).

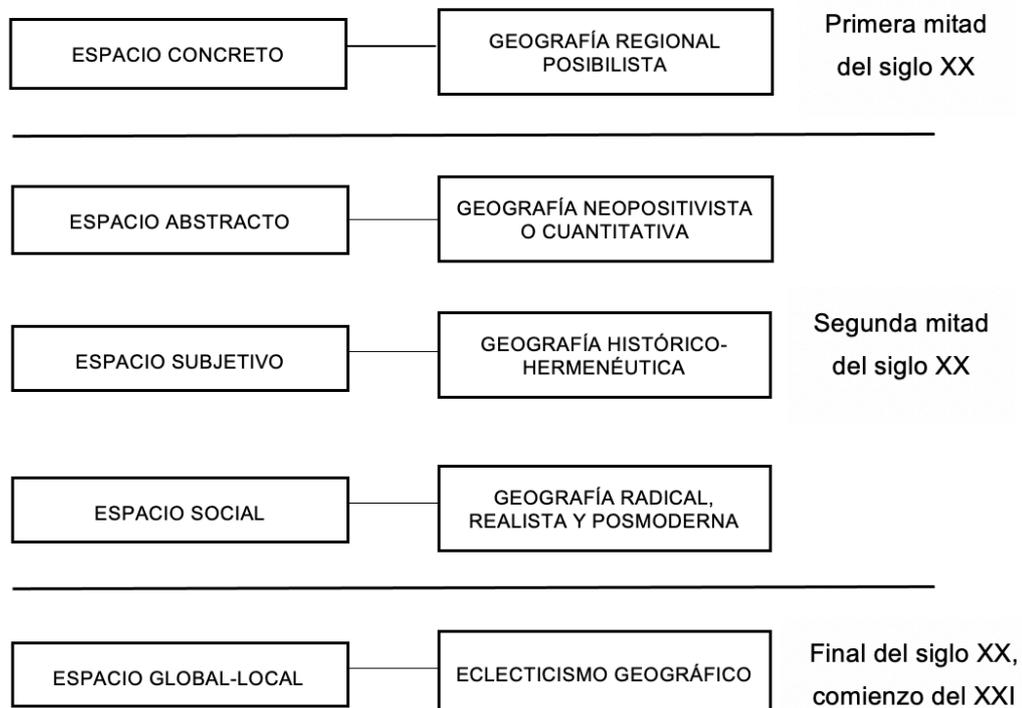
Si la Geografía historicista y la Geografía regional posibilista de la primera mitad del siglo pasado concebían lo material como su objeto de estudio, aludiendo a lo “concreto”, la Geografía neopositivista o empírico-analítica -influenciada por el funcionalismo norteamericano- se encargó de promover la idea de un “espacio abstracto” frente a la representación del “espacio subjetivo” de la Geografía histórico-hermenéutica y al materialismo histórico contenido en el “espacio social” de la Geografía radical, realista y, no siempre, posmoderna. Es a finales del siglo XX y comienzos del XXI cuando en el contexto de creciente eclecticismo y aparente moderación se impone la representación de un “espacio global-local” en el que confluyen diferentes visiones (Pillet, 2008), todas ellas influenciadas por el principio de “glocalidad” propuesto por Georges Benko (2000). De este modo, el pensamiento geográfico-analítico se restringe con representaciones que homogenizan la diversidad de lo posible, dificultando que los geógrafos se expresen en lenguajes diferentes (Pérez Sierra, 1992).

El espacio geográfico representado desde la dualidad global-local responde a esa reacomodación del discurso académico del siglo XX y a la fusión de los postulados políticos, económicos y filosóficos que dan lugar al pensamiento hegemónico impuesto con la globalización (Tibaduiza, 2009). Esta declinación de los principios de la modernidad guarda relación con el “fin de la historia” que el politólogo estadounidense Francis Fukuyama definió como imposición de los valores

liberales de occidente en todos los rincones del planeta. Esto conlleva el fin de la geografía, como es evidente, alentado por un capitalismo académico que defiende una democracia de mercado como vía para alcanzar el progreso que traerá dignidad en partes iguales a todos los lugares. “El progreso es inevitable y no hay alternativa”, se afirmaba con el triunfalismo de la política neoliberal y del libre mercado adoptado por Thatcher y Gingrich (Harvey, 2003), pues en la representación dominante, la del espacio global-local, renace la concepción ortodoxa del neopositivismo fundamentado en una ciencia social matemática connivente con los valores político-económicos promovidos por el neoliberalismo (Bailey, 2014).

La correlación entre la representación del espacio global-local y un espacio-red jerárquico y selectivo de lugares no excluidos con la globalización se impone de forma concreta en cada sociedad y cada individuo, a pesar de su abstracción. La razón espacial que hay en “reestructurar” rápidamente y al menor coste el espacio geográfico para la localización de nuevos mercados, a costa de comprimir el tiempo e imprimir velocidad a las cosas, revela el sustrato ideológico que hay en esa aniquilación impulsada por los propios geógrafos y especialistas del territorio reanimadores de una “Geografía colonial” (Santos, 1990). Este espacio geográfico del capitalismo (Harvey, 2003; 2007) se realimenta con el pensamiento que contempla lo global como marco irrefutable. Frente a él, la comprobación empírica de los hechos en el lugar se estima la más eficaz para contrarrestar las representaciones ortodoxas y neopositivistas, sabiendo que “el mal básico del cual quizá mueran la Geografía es haber limitado las imágenes y los mitos para aceptar las visiones funcionalistas asépticas” (Bailly, 1989, p. 16).

Figura 1. Evolución de las corrientes geográficas y de su objeto de estudio



Fuente: Pillet, 2008, p. 56.

3.2. La definición de lugar: entre el giro cultural y el funcionalismo

El antropólogo Edward Casey (1996) plantea que las particularidades del lugar no se deben tanto a la naturaleza del espacio como al hecho de su localización, considerando revelador el término “*event*”, apoyándose en Heidegger para reafirmar lo importante que resulta tener como referencia un “suceso” que ocurre en una “fecha” [*date*] y en un “lugar” [*place*]. Casey (1996) coincide con Relph (1976, citado en Holzer, 1999) en que “la esencia del lugar es ser el centro de las acciones e intenciones, donde se experimentan los «eventos» más significativos de nuestra existencia” (p. 72). En otros términos: “los eventos, en su llegar a ser, se realizan en este o aquel lugar, porque traen del mundo en tanto que esencia, algunos rasgos que permiten su realización en ese lugar (o lugares), pero no en otro(s)” (Trinca, 2001, p. 102). De tal forma, el lugar se constituye como significativo de la misma trama social que lo significa, en tanto que remite a unos límites prefijados por un lenguaje cuya significación requiere considerar la cultura y el sentimiento autoconstructivo del propio lugar: “*as place is sensed, senses are placed; as places make sense, senses make place*” (Casey, 1996, p. 19). De ahí que el concepto “lugar” adquiera significado con la idea de un “sentido de lugar”, lo cual conlleva siempre subjetividad en la definición del mismo (Oslender, 2002).

Lo que parece objetivo y permanentemente invariable es la idea de que espacio y tiempo se encuentran precisamente en el lugar, aquél que Newton declaró de forma simplificada como la parte del espacio que ocupa un cuerpo, en la medida que el espacio se construye como lugar subdividiéndose mediante un proceso de significación relativamente lenta o más veloz (Tibaduiza, 2009, p. 26). Lo anterior no deja de evocar una idea: que el lugar es resultado de la “funcionalización del mundo porque a través de él, el mundo es percibido empíricamente” (Santos, 1996, p. 144). Durante este proceso, en opinión de Silveira (1993, citado en Trinca, 2001), “el lugar se torna total porque su esencia, y no su apariencia, lo relaciona vía totalidad con todos los otros lugares” (p. 102). Por ello, Malpas (2015) explica el lugar como “apertura dinámica que ocurre dentro de unos límites determinados” (p. 217), puesto que siempre hay otros lugares involucrados en la constante (re)funcionalización del mundo. De acuerdo con Taylor & Colin (2002), “no podemos llegar a entender bien un lugar si nos limitamos a examinar lo que contiene” (p. 42).

Definitivamente, el concepto de lugar no solo sirve para separar o aislar, sino que revela en profundidad la multiplicidad de interconexiones posibles (Casey, 1996). Resulta esclarecedor pensar en hibridaciones culturales más o menos transitorias, a modo de procesos de identificación en curso, conscientes de que toda identidad, toda cultura y todo lugar es, en parte, resultado de “negociaciones de sentido” (Santos, 1998). Esta idea es clave para entender cómo “los lugares adquieren sus identidades en muy buena parte en el proceso de las relaciones con otros” (Massey, 2004, p. 79-80), y de qué manera este relato estructuralista es capaz de advertir cómo todo lugar termina cayendo presa de una razón espacial globalizadora. Tal y como considera Delfina Trinca (2001): “hoy los lugares, en su singularidad, se mundializan gracias al contenido creciente en ciencia, tecnología e información presente en su sistema de objetos, por cuanto éste, al funcionar, concretiza las relaciones sociales, las que al realizarse en tanto que posibilidad expresan el mundo. De esta forma, el capital selecciona a los lugares, diferenciándolos en virtud del cómo se combinen en un momento dado los elementos del espacio” (p. 103).

En síntesis, el lugar se podría definir como construcción socio-espaciotemporal, dinámica y permeable, resultado de negociaciones de sentido integradoras de lo cultural y de lo funcional en una localización concreta donde se puede percibir y experimentar la racionalidad dominante en la producción del espacio. Las nociones objetivas de límite, superficie y escala son sometidas por un sujeto que, individual o colectivamente, se reconoce a sí mismo con una razón locativa referen-

ciada nominalmente: “el lugar es ante todo una porción de la faz de la tierra identificada por un nombre” (Santos, 1990, p. 192). Incluso, cuando esta identificación se torna inestable en “lugares imaginarios” que evocan “toma de posición” con nombres que reemplazan o se superponen a otros (Augé, 2000). El lugar, por tanto, se concibe como proceso inacabado de negociaciones de sentido empíricamente constatables, lo que lleva a asumir la certeza de que su distinción semántica solo es tal cuando adquiere unidad lingüística con la idea de experiencia y, particularmente, con el término “sentido”: un sentido diferenciado de lugar según el tipo de relaciones posibles. Desde este punto de vista, “el espacio en sí mismo no es nada, remite a la consciencia, a la ideología del que lo vive para convertirse en un lugar existencial” (Bailly, 1989, p. 12).

3.3. De la dialéctica espacio-lugar a la de lugar-sitio

La conexión entre los términos espacio y lugar sigue sin resolverse satisfactoriamente. Su relación se puede ver, sencillamente, como una cuestión de escala, al concebir el lugar efecto de la compartimentación del espacio (Myers, 1991, citado en Casey, 1996), cuando no, por fuerza del reduccionismo moderno, se zanja la discusión con el axioma: “los espacios son iguales, los lugares son diferentes” (Hall, 2009, p. 273). Teorías más complejas han tratado de explicar cómo el espacio termina por transformarse en lugar a medida que se conoce y se dota de valor, concibiendo el lugar como amplitud de la percepción “directa e íntima o indirecta y mediada por símbolos” (Tuan, 1983, p. 6), huella de “los antepasados o de los espíritus que pueblan y animan la geografía íntima” (Augé, 2000, p. 49). No obstante, ese rastro tiende a desaparecer cuando la cultura hegemónica se globaliza e impone sobre la heterogeneidad de localizaciones de sentido, de lugares: la idea de un “texto” cultural impuesto por el “culturalismo norteamericano, está ya presente toda entera en la de la sociedad localizada” (Augé, 2000, p. 56).

A veces se habla de lugares vaciados de sentido empleando términos como “no-lugar” o “entre-lugar”, buscando explicación a ese proceso por el que los vacíos generados tratan de llenarse con imágenes artificiales que producen ruptura e impiden ver el propio lugar (Castrogiovanni, 2007). Al respecto, Gieryn (2000) sugiere que una propiedad muy importante del lugar es su faceta visual, la visualización u ocultación de unos hechos o eventos, algo con lo que el capital juega haciendo que “muchos lugares, altamente significantes para ciertos individuos y grupos, muestren poca notoriedad visual” (Tuan, 1983, p. 179). Este proceso se supedita a dos factores: “influencia ideológica”, la cual, como señala Sánchez (1991), “guiará el comportamiento, sin que por ello tenga que dejar de ser racional la actuación como forma de adecuación de los medios a los fines” (p. 42); y “cosmología” o “cosmovisión” de cada individuo conforme a la proyección de su comunidad o colectivo social, de acuerdo con los rasgos particulares de su cultura (Tibaduiza, 2009). Ideología y cosmovisión coexisten en lo representado, naturalizando el uso de unos conceptos, invalidando otros, debiendo ser honestos y transparentes a la hora de declarar esa irremediable toma de posición al situar en el centro la idea de espacio o la de lugar.

Por su parte, el espacio geográfico, con toda su carga material, histórica y social, se comprende en profundidad al reconocer y/o expresar categorías dialécticas -que no dicotómicas-, sin que las componentes representadas deban ser reemplazadas, siendo frecuente su adición. Por ello planteamos esa relación dialéctica entre los conceptos lugar y sitio a pesar de que su confrontación pueda resultar extraña: en su raíz latina existe un estrecho parentesco entre ambos -*stella*, *situs*-. Los dos se utilizan sin distinción para referir una experiencia o evento del que destaca ante todo una localización. El lugar como el sitio identifica el resultado de una acción espacial: la de situar, es decir, ubicar (Ortega, 2000). Sin embargo, la dialéctica lugar-sitio en su traducción al

inglés adquiere mayor capacidad comunicativa: mientras el sustantivo lugar [*place*] se utiliza para definir una localización [*location*] o posición [*position*] basada en la idea tradicional o premoderna de la naturaleza “original” y de una multiplicidad de experiencias o dilemas existenciales, el concepto de sitio [*site*] se utiliza para definir el propósito de una localización [*location with a purpose*], intencionadamente elegida para el desarrollo o desenvolvimiento de una acción [*location for development*].

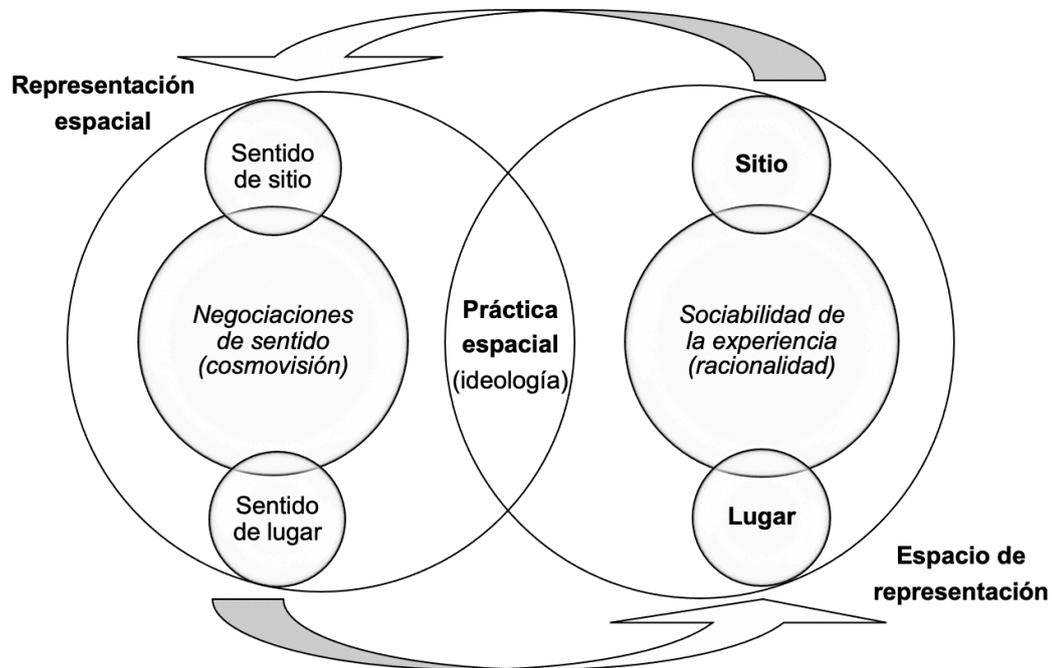
El esquema de la dialéctica lugar-sitio se puede simplificar de la siguiente manera (figura 2). Definiendo uno u otro término como “espacio de representación” donde se socializan las experiencias desde las que se conforma una racionalidad, condicionante y condicionada a su vez por la “práctica espacial”, o por el tipo de representación permitida –diferente en unos escenarios u otros–, haciendo factible un tipo de relaciones, hechos o eventos reproducidos desde la ideología que da sentido a su construcción: una producción del espacio con sentido de sitio o de lugar según la cosmovisión de la que trasciende la “representación espacial” (Lefebvre, 2013), interpretada aquí como proceso histórico-social de negociaciones de sentido. La significación de lugares y de sitios constituye una declaración del valor asignado a una localización conforme a un pensamiento dialéctico: frente al lugar representado por un ideal de “progreso humano”, coherente con la esencia y corporeidad de los seres que lo socializan y le dan sentido, el “sitio” representa el “secuestro” de la experiencia en el lugar por un pensamiento dicotómico que antepone temporalidad y movimiento a espacialidad y reposo. El “sentido de sitio” viene a subvertir ese “sentido de lugar” mediante un conocimiento científico-instrumental que impone su idea de progreso, materialización de una racionalidad hegemónica que se extiende desde los centros de poder a todos los lugares promoviendo un tipo de relaciones que eluden cuestiones éticas o de moralidad.

Para algunos autores, esta conceptualización de “sitio” puede equipararse con la del “no-lugar”, según la terminología de Augé (2000), por la que “si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definiría un no lugar” (p. 83). Precisamente, esa creciente movilidad es lo que, por sus efectos en la deslocalización y el vaciamiento del lugar, provoca esa sensación de extinción, pues “el lugar es pausa, no movimiento” (Holzer, 1999, p. 73). No obstante, sí que hay espacios cuya producción se debe a una sensación de hipermovilidad y que no pueden etiquetarse como “no lugares”. Riesco (2020) pone de ejemplo las grandes superficies comerciales, pero también las principales arterias urbanas o núcleos turísticos ocupados por la industria del ocio sirven para ejemplificar la reproducción de identidades y relaciones flexibles en base a una cultura del consumo que se podría considerar “historia viva” o “historia del presente”.

En todo caso, la conceptualización de “sitio” que proponemos se aproximaría más a la idea de “ausencia de lugar” [*placelessness*] utilizada por Relph (1973) para describir el debilitamiento de la identidad o del sentido de lugar por efecto de la homogenización que procuran las fuerzas de la modernización, ofreciendo las mismas posibilidades insulsas de experiencia en todos los lugares (Liu & Freestone, 2016). El geógrafo urbanista Werther Holzer (1999) también explora esta segmentación conceptual del término lugar, diferenciando: por un lado, la concepción del lugar como “*localização (location)*”, definida por el carácter relacional en la disposición interna de unos trazos que persisten de forma identificable; y, por otro lado, la concepción del lugar utilizando igualmente el concepto “*sítio [site]*” para enfatizar sus relaciones externas –con el “*entorno [environs]*”–, como si de “un artefacto único” se tratase; señalando a continuación que esa articulación dialéctica –localización-sitio– facilitaría la comprensión del mundo, o más concretamente “*como nós vemos o mundo*” (p. 70). De igual forma, lugares y sitios quedan enmarcados por una idea más

amplia de lugar -antropológico, geográfico, sociológico- que indica localizaciones de sentido: lugar del sentido inscripto y simbolizado en el que no cabe la idea de “no-lugar” (Augé, 2000).

Figura 2. La dialéctica lugar-sitio según el sentido de su producción espacial



Fuente: Elaboración propia a partir de varios autores.

4. Discusión

A modo de síntesis, y a partir de los resultados obtenidos, la dialéctica del objeto de la Geografía no debería formularse tanto por el enfrentamiento de las nociones espacio-lugar como por la contraposición de dos formas de entender el mundo y de utilizar el poder de la representación simbólica para subvertir o invertir un sentido de lugar conforme a una racionalidad impuesta. De lo representado depende, en última instancia, las emociones humanas que vibran en los diferentes campos de interés (Holzer, 1999). Doreen Massey (2012b) ha acusado a la escuela geográfica ortodoxa de apropiarse para sí de las representaciones geográficas e imponer el pragmatismo que reduce o anula la vertiente social del espacio, con la contradicción que ello supone: “no puede haber procesos espaciales sin contenido social, ni puede haber causas, leyes, interacciones o relaciones, exclusivamente espaciales” (p. 99). Así, frente al conservadurismo en el conocimiento geográfico, Massey (2012a) propone la posibilidad de un sentido de lugar adecuadamente progresista, con encaje en el momento actual.

Para ello es ineludible concebir que, en términos de localización -cerca de, allá, justo aquí, etc.-, lo que para unos, a un lado de la línea, se revela mudo y sin sentido, para otros es todo un horizonte de experiencias adquiridas con el “cuerpo activo” y el “cuerpo pasivo” (Casey, 1996). Evidentemente, no hay manera de convencer sobre la posibilidad de que pueda existir una visión única de un lugar, ni tampoco dos lugares iguales. Mientras que con la representación del espacio se pretende justamente lo contrario, conceptualizarlo como sustancia arrolladora que implica a todo individuo sin remedio con un único horizonte y finalidad. Frente a ello, “la empatía del

investigador es el punto de partida necesario para la investigación realizada en la geografía de las representaciones; la indiferencia, la neutralidad se oponen a ella” (Bailly, 1989, pp. 12-13).

En base a ello, se plantea una idea amplia de lugar donde el sentido de lugar y de sitio coexisten en un mismo espacio de representación según la percepción del sujeto, remitiéndonos a dos formas de concebir el mundo. Siguiendo a Casey (1996): desde la perspectiva de “horizontes «externos»” [*external horizons*] que abarcan la escena como un todo induciendo a pensar que el único escenario que importa es aquel en el que nos encontramos, sin preguntar por qué motivo hemos llegado a él; o desde “horizontes «internos»” [*internal horizons*] de percepción por los que la representación consciente o intencionada revela una experiencia profunda y asimilación de los hechos en la realidad. También Peet (1998, citado en Hall, 2009) ha planteado la atribución de sentido e inteligibilidad basada en dos tipos de “experiencias de lugar”: una obtenida desde el distanciamiento, desconocimiento o falta de implicación [*outsiderness*]; la otra desde el sentido de pertenencia, compromiso y concientización [*insiderness*]. Los mismos términos son aplicados por Holzer (1999) para explicar la significación del lugar según un posicionamiento experiencial: mientras la experiencia profunda del *insider* se funde con los vínculos culturales que trascienden el momento presente, la experiencia *outsider* los bordea mediante poderosas concepciones científico-céntricas.

Para concretar el significado de un “sentido de sitio”, producto de una determinada cosmovisión, resulta interesante recurrir a la propuesta de Sack (1988) sobre un “sentido integrado de lugar” por el cual el lugar se representa como una forma básica de integración. A este nivel, se trata simplemente de la experiencia de estar presente o de “estar situado”. Este sentido integrado en el lugar, o sentido de sitio, oculta el “valor racional” del lugar para los cuerpos que lo viven y ocupan, soterrando los “valores que el capitalismo moderno degrada y declara redundantes e irrelevantes, e incluso dañinos para la conducta racional y calculadora que promueve” (Bauman, 2004, p. 66). Sack (1988) considera que el consumo en masa y los productos consumidos en masa son determinantes por influir en el significado, naturaleza y cultura del lugar, procurando paradójicamente una ilusión de “no-lugar”. En relación con esa subversión de sentido, Marc Augé (2000) identifica ciertos “sistemas de representación” con injerencia en la reproducción y estereotipia de las categorías de identidad y alteridad remplazadas por “todo un aparato publicitario” y por “todo un lenguaje político, centrado en el tema de las libertades individuales” (pp. 43-44).

Las consecuencias de atribuir o concebir un sentido de sitio excluyente, fetichista e incluso convenientemente desdibujado, son históricamente verificables con la observación de lo sucedido en las “islas de desarrollo” o periferias de las metrópolis europeas (Taylor & Colin, 2002). Siguiendo con el ejemplo de la colonización, el megalómano y supremacista blanco Cecil John Rhodes – apodado el Napoleón del Cabo–, concedería a Netteswell House (Reino Unido), su ciudad natal, un sentido de lugar que no otorgó a la ciudad de Kimberley –capital de la provincia septentrional del Cabo (Sudáfrica)–, sitio en el que Rhodes desarrolló la compañía minera de diamantes más importante de la región. La explotación de minas en Kimberley no es la única razón por la que este lugar adquiriría sentido de sitio para Rhodes y para la metrópoli británica. Desde su óptica del progreso, el sentido de las relaciones establecidas con los nativos fue de dominio e intercambio desigual, manifestándose con la expropiación de tierras y la limitación del derecho al sufragio. Otro ejemplo de significación dicotómica de sentido con reflejo en la producción del espacio nos lleva a las praderas norteamericanas de los pueblos indígenas que, a pesar de sus hábitos migratorios –como los comanches, por ejemplo–, veneraban la tierra por una idea de progreso ancestral, valor racional y espiritual de su sentido de lugar. Los Lakota de la pradera del norte

trasmitían una leyenda que describe las montañas como una mujer recostada, de cuyos pechos emana vida, sintiéndose reconfortados en ese lugar, en los brazos de su madre: “aman ese suelo, se sientan o se apoyan en el suelo para estar más cerca de un poder emancipador” (Tuan, 1983: 173). Esa naturaleza “primaria” o “naturaleza socializada” (Santos, 1990) adquiere igual sentido para los aborígenes australianos que, aún también siendo nómadas –cazadores y recolectores–, muestran su intenso apego al lugar: a pesar de carecer de normas e ideas rígidas sobre los límites territoriales y de pertenencia, son capaces de distinguir dos tipos de territorio, la “propiedad” y el “campo”. La propiedad es el hogar reconocido tradicionalmente por el grupo descendiente de un linaje paterno, el campo es la porción de tierra o ámbito en el cual el grupo suele cazar o buscar comida; el campo es más importante para la supervivencia que la propiedad, la propiedad es más importante para la vida social y ceremonial que el campo (Tuan, 1983). Sin embargo, la colonización europea de sendos espacios ancestrales agotaría esa distinción con la integración de un único sentido en todo lugar: un sentido de sitio basado en la explotación del “nuevo mundo”, tierra de oportunidades, progreso y “libertad”. Ciertamente, esa racionalidad occidental del progreso ha procurado innumerables avances científicos, pero si pensamos como especie, vulnerable a cambios impetuosos y de impronta espacial, “lo que ha conservado y mantenido la biodiversidad son los conocimientos indígenas y campesinos. ¿Es acaso una coincidencia que el 80% de la biodiversidad se encuentre en territorios indígenas? No. Es porque la naturaleza allí es la Pachamama, no es un recurso natural: «es parte de nuestra sociabilidad, es parte de nuestra vida»; es un pensamiento anti-dicotómico” (Santos, 2006, p. 23). Salvando las distancias, aunque vislumbrando la misma racionalidad, el turista que ocupa un destino concede el mismo sentido de sitio al lugar que inmediatamente se percibe según una concepción de inferioridad y dependencia respecto a otros lugares (Fernández-Arroyo, 2020). La oficina, la fábrica o el taller en el que trabajamos, el espacio público y las redes sociales en las que interactuamos, hasta nuestros hogares pueden dejar de ser lugares ontológicamente existenciales al integrar espacio y sociedad en ese ciclo de relaciones asimétricas no recíprocas que revela la dialéctica sitio-lugar.

Esa producción espacial que expresa el concepto de “sitio” implica a los propios geógrafos y científicos sociales ocupados en representar la alteridad de lugares manufacturados con un propósito dirigido desde afuera. El sentimiento que se promueve hace pensar en el surgimiento de “nuevas comunidades cuyas identidades culturales resultan tanto o más fuertes que las tradicionales y que, gracias a las nuevas tecnologías, incluso superan las barreras del tiempo y del espacio” (Albet, 2001, p. 46). De ahí que el lugar haya dejado de ser explicable por efecto de las características internas o inherentes a la comunidad localizada (Massey, 2005: 68). La generalización de este proceso nos lleva incluso a dudar de lo prescindible de algo estable y reconocible con lo que identificarse para posibilitar el enraizamiento con un sentido de lugar (Massey, 2012a), urgiendo adoptar un lenguaje geográfico que profundice en las causas y consecuencias de la sustitución de “lugares” por “sitios”, pero también en su recuperación: “sería un error creer que, con la sociedad contemporánea, el hombre, al hacerse móvil, pierde sus raíces al vivir en unos entornos más y más homogéneos” (Bailly, 1989, p. 16).

Lo que está ocurriendo y es complejo de visibilizar –¿cómo reconocernos a nosotros mismos fuera del propio marco de pensamiento y acción que nos reproduce y reproducimos?– es la regulación de los sentimientos que dotan de contenido al lugar, pues de forma habitualmente involuntaria y parcialmente inconsciente su espacialidad ha dejado de producirse desde abajo, imponiéndose la cosmovisión e ideología proveniente de los de arriba –ahora, sobre todo, de las élites del neoliberalismo–. Lo que se viene ocultando y la dialéctica lugar-sitio trata de abordar es la racionalidad regulada que replica en la condición de sitio mediante la palabra que evoca su interés público

para el progreso: “la presión explotadora sobre [sitios] ricos en recursos biodiversos, la de carácter turístico que se ejerce sobre [lugares] con riqueza patrimonial, la influencia de los esquemas culturales exteriores sobre los locales, la incidencia de las políticas neoliberales, los procesos de descentralización y los cambios en las estructuras estatales, todo ello ha llevado a nuevas perspectivas en la concepción [del espacio]” (Capel, 2016). Es en este momento de cambio cuando nuestras creencias más profundas deben ser repensadas desde un enfoque geográfico y social.

5. Conclusiones

Al igual que otras disciplinas, la Geografía ha procurado la reflexión teórica sobre las categorías que durante su permanente proceso de construcción han sido básicas o fundamentales. Durante ese proceso, el concepto de lugar no ha sido uno de los más discutidos, por la presunción de que no necesita de ello. En cuanto al espacio geográfico, no siempre se ha tratado de entender con toda su carga social, asimilándolo frecuentemente a lo topográfico, confundiendo con la idea de “topos” -del griego *τόπος*, “lugar”-; siendo advertida su “desocialización” como base de un problema cognitivo reflejado en el lenguaje de las representaciones. Respecto a lo sucedido en las últimas décadas, se podría decir que los geógrafos han descuidado la revisión de su objeto de estudio para centrarse en responder a qué se dedican o qué es la Geografía, lo que deriva en graves implicaciones que merecen ser estudiadas.

Probablemente, la compleja concepción de la naturaleza del ser humano y de la relación espacio-sociedad sea la causa de los limitados intentos por afrontar la discusión que nos ocupa en el presente ensayo teórico-conceptual. Desde hace tiempo, entre los geógrafos se ha extendido la afirmación de que solo se puede expresar lo evidente, y sobre aquello que no lo es tanto, sobre lo que se nos oculta, mejor no hablar. Ese silencio perpetuado es el aspecto más elocuente que debería motivar el cuestionamiento de la neutralidad con la que se viene concibiendo el espacio, desde los tiempos de Kant hasta la actualidad, reaccionando ante la idea de un espacio vacío, contenedor de cosas “desnudas”, despojado de cualidades secundarias, simbolismo y racionalidad. La falta de teorización al respecto, obviando las corrientes de pensamiento que configuraron la episteme geográfica del siglo XX, ha permitido implantar un eclecticismo por el que la Geografía renuncia a su renovación conceptual a cambio del pragmatismo que le hace útil sin incomodar más de lo imprescindible. Y frente a esta situación, plantear que en el pensamiento geográfico actual, así como en la concepción de su objeto de estudio, subyace una racionalidad regulada que impide la emancipación, no supone otra cosa que trasgredir la formulación epistemológica dominante desde hace tiempo.

Asumiendo el poder que tienen las representaciones y los relatos en la vida social y en la reorganización del espacio, planteamos la dialéctica conceptual entre lugar y sitio [*place & site*] con un propósito emancipador respecto al discurso dicotómico del espacio y el lugar. Para comunicar la trascendencia conceptual de estos términos, nos parece eficaz recurrir a su definición en el mundo anglosajón, pues presenta matices reveladores de dos formas de entender y significar el objeto de la Geografía. Así mismo, resulta llamativo que en una obra de referencia internacional como es el Diccionario de Geografía Humana, editado por Gregory, Johnston, Pratt, Watts & Whatmore (2009), no se recoja el término “*site*” como sí se hace con el de “*space*”, “*place*” y “*non-place*”. Ello, a pesar de que se recurre al término sitio para advertir la desnaturalización de las relaciones socioespaciales que procura el no-lugar, ocultando el origen de esa negación de lugar: “*rather than a social bond determining the nature of these collective gatherings, it is typically signs and texts*

that guide people's movements within these spaces or that direct them to other spaces" (p. 503). En dicha obra, la conceptualización del "no-lugar" contempla un hecho clave: la temporalidad [*temporality*] de vínculos impersonales. No obstante, desde nuestro punto de vista, cuando ese tipo de evento se reproduce socialmente, cuando la racionalidad deshumanizante invade el espacio de representación cotidiano, asimilada por la sociedad que eventualmente lo ocupa o lo transita, cuando esos vínculos expresan una determinada manera de estar-en-el-mundo, sin llegar a "ser-con", es cuando debemos hablar de "sitio", no de "espacio", ni de "lugar", tampoco de "no-lugar".

El concepto de sitio propuesto se diferencia del no-lugar en que se abre a la posibilidad de que existan identificaciones en curso, en apariencia flexibles, líquidas, pero a veces tan consolidadas en el espacio como las que pueden configurar un sentimiento de pertenencia al lugar. Incluso, cuando ese proceso de asimilación de identidades flexibles resulta de un simultáneo proceso de aculturación. Así, si el no-lugar procura un "diálogo silencioso", el de la tecnología al servicio del capital -el *ticket* de entrada, la tarjeta de embarque, la *credit card*-, el sitio favorece un "diálogo prefigurado", regulado por una cosmovisión capitalista, deshumanizada por principios neoliberales y valores propios de la moral inversa que promueve la cultura de masas y el consumismo. Por ello, el sitio puede resultar en apariencia diverso, aunque prescinda de la autenticidad que caracteriza al lugar; por el contrario, el no-lugar constituye una reproducción en serie donde no hay margen para la improvisación. No obstante, esa idea de no-lugar puede ser integrada espacialmente a partir de un sentido de sitio, definido por una finalidad exclusivamente funcional y productiva. El problema está en naturalizar que la racionalidad desde la que se concibe ese nuevo orden de relaciones subvierta el sentido de lugar pues, probablemente, y a pesar de la contradicción de los términos, esto sea lo que convierte a la Geografía contemporánea en una *Geografía del vacío*, en una ciencia sin objeto.

Finalmente, sintetizando los conceptos que han centrado nuestra investigación, diremos que el espacio geográfico alude a la parte ontológica del objeto representado, razón por la que no se debería formular en base a la dialéctica espacio-lugar, sino a la dialéctica espacio-sociedad. Es entonces cuando el hecho geográfico, la cuestión óptica del espacio, adquiere sentido según una concepción dialéctica de la racionalidad: por un lado, en alusión a una idea de progreso como devenir histórico; por otro lado, como producto del hacer. A partir de esta consideración, si el objeto de la Geografía es el espacio, el estudio de la dualidad lugar-sitio es su materia prima, pues a través de ella se toma consciencia de los procesos que subyacen en la producción social del espacio sin soslayar cuestiones transteóricas que atraviesan teoría y conceptos para depositarse en la realidad. Es la concepción espacial de lo que está aconteciendo, producto de una determinada racionalidad, lo que adquiere sentido de sitio o de lugar, un sentido que se construye interdependiente con nuestra percepción de la realidad -a partir de valores determinados por la cosmovisión- y del modo en que nos desenvolvemos en ella -según principios ideológicos-. Es este proceso de negociación y construcción de sentido, con la imposición de unos principios y valores, lo revelado con la conceptualización dialéctica lugar-sitio, conteniendo en sí misma la noción de espacio, y no al contrario.

Referencias bibliográficas

- Albet I Mas, A. (2001). ¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la geografía postmoderna. *Boletín De La Asociación De Geógrafos Españoles*, (32), 35-52. Recuperado de <https://bage.age-geografia.es/ojs/index.php/bage/article/view/401>
- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, España: Gedisa.

- Bailey, G. (2014). La racionalidad espacial y su persistencia en la era global. *Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales (URBS)*, 7, (1), 89-108. Recuperado de <http://repositorio.ual.es/handle/10835/4941>
- Bailly A. S. (1989). Lo imaginario espacial y la Geografía. En defensa de la Geografía de las representaciones. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, (9), 11-19. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/AGUC/article/view/AGUC8989110011A>
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Benko, G. (2000). La recomposición de los espacios. *Geographicalia*, (38), 3-10. doi: https://doi.org/10.26754/ojs_geoph/geoph.2000381377
- Cañadell, R. (2018). El asalto neoliberal a la educación. *Con-Ciencia Social (segunda época)* (1), 103-117. Recuperado de <https://ojs.uv.es/index.php/con-cienciasocial/issue/view/1167>
- Capel, H. (2016). Las ciencias sociales y el estudio del territorio. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 21. doi: <https://doi.org/10.1344/b3w.0.2016.26319>
- Casey, E. (1996). How to get from space to place In a fairly short stretch of time. Phenomenological prolegomena. En S. Feld, & K. H. Basso (Coord.): *Sense of Place* (pp. 13-52) Santa Fe de Bogotá, Colombia: School of American Research Press.
- Castrogiovanni, A. C. (2007): Lugar, no-lugar y entre-lugar. Los ángulos del espacio turístico. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 16 (1), 5-25. Recuperado de <http://www.estudiosenturismo.com.ar/>
- Fernández-Arroyo, A. (2020): Geografía Social del Turismo. Una mirada crítica a la percepción del turismo y a su representación espacial. *Cuadernos de Turismo*, 45, 113-139. doi: <https://doi.org/10.6018/turismo.426061>
- Gieryn, T. F. (2000). A space for place In *Sociology. Annual Review of Sociology*, 26, 463-496. doi: <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.26.1.463>
- Gregory, D., Johnston, R., Pratt, G., Watts, M. J., & Whatmore, S. (Eds.). (2009). *The Dictionary of Human Geography*. Singapur, Singapur: Wiley-Blackwell.
- Hall, C. M. (2009). *El Turismo como ciencia social de la movilidad*. Madrid, España: Síntesis.
- Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Harvey, D. (2003). *Espacios de esperanza*. Madrid, España: Akal.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital*. Madrid, España: Akal.
- Heidegger, M. (1997). *Ser y Tiempo*. Santiago de Chile, Chile: Editorial Universitaria Santiago de Chile.
- Holzer, W. (1999). O lugar na geografia humanista. *Território*, 4 (7), 67-78. Recuperado de <http://www.laget.igeo.ufrj.br/territorio/>
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid, España: Capitán Swin.
- Lindón, A. & Hiernaux, D. (Dir.) (2006). *Tratado de Geografía Humana*. Barcelona, España: Anthropos.
- Liu, E. & Freestone, R. (2016). Revisiting Place and Placelessness. En R. Freestone, & E. Liu (Eds.). *Place and Placelessness. Revisited* (pp. 1-19). Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- López, P. (2018). Contra el neoliberalismo académico. A propósito de la tesis doctoral de M. E. Valdunciel. *Con-Ciencia Social (segunda época)* (1), 153-159. Recuperado de <https://ojs.uv.es/index.php/con-cienciasocial/issue/view/1167>
- Malpas, J. (2015). Thinking topographically: Place, Space, and Geography. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 61 (2), 199-229. doi: <https://doi.org/10.5565/rev/dag.297>
- Massey, D. (2012a). A Global Sense of Place. En A. Albet & N. Benach. *Doreen Massey. Un sentido global del lugar* (pp. 112-128). Barcelona, España: Icaria.
- Massey, D. (2012b). Geography matters! En A. Albet, & N. Benach. *Doreen Massey. Un sentido global del lugar* (pp. 95-111). Barcelona, España: Icaria.
- Massey, D. (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, (57), 77-84. Recuperado de <http://revistes.iec.cat/index.php/TSCG/article/view/54650>
- Massey, D. (2005). *For space*. Londres, Reino Unido: Sage publications.
- Mejía, O. (2014). Elementos para una hermenéutica crítica: una introducción al problema del método en las ciencias sociales. *Pensamiento Jurídico*, (39), 15-53. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/peju/article/view/45229>

- Miralbes, B. & Higuera, A. (1993). Reflexiones sobre el espacio geográfico. *Geographicalia*, (30), 283-294. doi: https://doi.org/10.26754/ojs_geoph/geoph.1993301824
- Nogué, J. (1989). Espacio, lugar, región: hacia una nueva perspectiva geográfica regional. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (9), 49-62. Recuperado de <https://bage.age-geografia.es/ojs/index.php/bage/issue/archive>
- Ortega, J. (2000). *Los horizontes de la geografía: teoría de la geografía*. Barcelona, España: Ariel.
- Oslender, U. (2002). Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "espacialidad de resistencia". *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 6 (115). Recuperado de <https://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/448>
- Pillet, F. (2008). *Espacio y ciencia del territorio: proceso y relación global-local*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Riesco, P. (2020). De la teoría del lugar a la teoría del paisaje: no-lugar, distalidad y carácter. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (85), 1-36. doi: <https://doi.org/10.21138/bage.2858>
- Sack, R. D. (1988). El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, (12), 223-241. Recuperado de <https://dag.revista.uab.cat/issue/archive>
- Sánchez, J. E. (1991). *Espacio, economía y sociedad*. Barcelona, España: Siglo XXI de España Editores.
- Santos, B. de S. (1998). *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Santa Fe de Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Santos, B. de S. (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Santos, M. A. (1990). *Por una Geografía Nueva. De la crítica de la Geografía a una Geografía crítica*. Madrid, España: Espasa-Calpe.
- Santos, M. A. (1993). Los espacios de la globalización. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, (13), 69-77. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/AGUC/article/view/AGUC9393110069A>
- Santos, M. A. (1996). *De la totalidad al lugar*. Barcelona, España: Oikos-Tau.
- Santos, M. A. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona, España: Ariel.
- Taylor, P. J. y Colin, F. (2002). *Geografía política. Economía-Mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid, España: Trama Editorial.
- Tibaduiza, O. (2009). La construcción del concepto de espacio geográfico a partir del comportamiento y la percepción. *Tiempo y Espacio*, 20 (23), 25-44. Recuperado de <http://revistas.ubiobio.cl/index.php/TYE/article/view/1752>
- Trinca, D. (2001). Geografía, lugar y singularidad. *Revista geográfica venezolana*, 42 (1), pp. 99-106. Recuperado de <http://www.saber.ula.ve/regeoven/>
- Troitiño, M. Á. (1992). Dimensión aplicada y utilidad social de la geografía humana. *Ería*, (27), 57-73. doi: <https://doi.org/10.17811/er.0.1992.57-73>
- Tuan, Y. F. (1983). *Espaço e Lugar. A Perspetiva da Experiência*. São Paulo, Brasil: DIFEL.
- Unwin, T. (1995). *El lugar de la geografía*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.

Agradecimientos

Agradezco al profesor Dr. Félix Pillet Capdepón, Catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Castilla-La Mancha, la lectura del borrador de este artículo, así como sus acertadas sugerencias y sinceras valoraciones.

Financiación

Sin financiación.

Conflicto de intereses

El autor declara que no existe ningún tipo de conflicto de intereses.